

## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Administración, San Marcos, 4, y en las principales librerías.

En provincias, en los centros de suscripción

## ANUNCIOS Y RECLAMOS

CONDICIONES VENTAJOSAS

La correspondencia al Director:  
**PABLO G.-BECERRA**

Número atrasado, **20 céntimos.**



**EL**

**GLOBO**



## MAS SOBRE «EL CASO» UNAMUNO

## Una carta del ex rector de la Universidad salmantina.

Un día, una buena mañana apareció en la "Gaceta" cierta disposición que, por su índole especial y por venir a confirmar rumores que tachabanse de absurdos é increíbles, pero que se iban extendiendo, sin embargo, por corrillos y círculos políticos y literarios, produjo revuelo inusitado, como general conmoción, en cuantos tuvieron conocimiento de ella...

Tratábase nada menos que de una Real orden del ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, que despojaba de su cargo al hasta entonces rector de la Universidad de Salamanca, á ese gran español que se llama D. Miguel de Unamuno...

En todos los periódicos apareció el obligado suelto: "La destitución de Unamuno"; que hizo nacer en toda España, con vivas discusiones, cálidos, firmes sentimientos de adhesión y simpatía hacia la personalidad del ilustre profesor y publicista, á quien por la forma en que iba redactada la Real orden, por la manera como se procedía con él, considerábase víctima de un atropello, uno más, uno de tantos como en la vida oficial española se cometen, pero que en este caso interesó grandemente á la opinión.

é ilustre español, de extravagante, de loco...

Movido un poco por el deseo de recoger este aspecto de palpante actualidad y de mostrar mi admiración al hombre que tan hermosa labor ha producido, solicité de él una entrevista para visitarle en nombre de EL GLOBO y hacer luego una impresión... Pero mi suplica no llegó á tiempo; ya estaba en Salamanca el ex rector de aquella Universidad. Desde allí, al repetirme yo el objeto de mi visita, ha tenido la atención de escribirme una carta, que porque me parece interesante me atrevo á publicar, y que dice así:

"Sr. D. Alfredo Jara Urbano.

Pienso, en efecto, estimado señor, en seguir haciendo política—pues nunca he dejado de hacerla,—y ahora, puesto que me he quedado más libre y desocupado, con mayor intensidad. Mas para ello no creo que sea menester ingresar en "partido" alguno. (Fíjese en lo de "partido".) Eso no conduce sino á obtener actas. Y me parece una de las cosas más perniciosas ir á buscarlas. Si ellas vienen, es ya otra cosa. El electore-

rismo es una cosa y la política otra. Y hoy por hoy la más activa campaña debe tender á que haya de una vez Parlamento, verdadero Parlamento, y no, como hoy sucede, una ficción de él.

Del debate habido en el Congreso sobre mi destitución no quise saber gran cosa. Hubo "abogado" mío que sólo se levantó para declamarme loco. Mi último acto de relación con él había sido, hace cosa de un par de años, devolverle, sin una sola letra de contestación, una carta impertinenteísima—como suya—que me dirigió. Por lo demás, me honra tanto ser considerado como loco por ese y otros... cuerdos, como pasar por extravagante entre los bergamines.

No sé á qué se refiere al hablar de la actitud agresiva en que dice usted se han colocado respecto á mi algunos de mis compañeros. No sé nada de eso.

Algunas obras preparo; pero mi mayor labor va á ser en adelante labor periodística en el "Nuevo Mundo" de esa, en el "Día Gráfico", de Barcelona, y en otros. Hay que estar constantemente en la calle.

Le saluda

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 11-XII-14."

Claro es que en la carta se inician cuestiones, asuntos que acaso debieran ser completados, pero que yo no me he atrevido á solicitarle, como lo hubiera hecho de haber podido celebrar la entrevista, en la que espontáneamente hubie-

ran surgido esos y otros múltiples puntos sobre los que yo me proponía interrogar al Sr. Unamuno...

De todos modos es interesante ver cómo condena el electorismo, vicio resultante de una política detestable que sólo va en busca de actas para defender intereses creados; cómo execra el ficticio Parlamento que de esto resulta, y cómo quiere y se propone continuar en su labor de alta política y de elevación de la cultura...

Y debemos quizá felicitarnos de que haya ocurrido esto, pues con ello la opinión nacional ha experimentado una brisa sacudida, con la que ha demostrado que puede resurgir cualquier día é imponer determinados correctivos... Y además, porque disponiendo de más tiempo el ilustre autor de "El sentimiento trágico de la vida", podrá dedicarse como él mismo indica, á su redentora labor educativa, y descendiendo á la cénaga del dragón para combatirle allí, no se quedará, no irá solo; serán legión los que le sigan, y entre todos lograrán implantar alguna vez esa política sana, altruista, immaculada, que no pide actas, aunque si ellas vienen tampoco las rechaza, y que orientada en un sentido ideal, de purificación, llevará á nuestro país por el único derrotero ó camino de salvación que le queda... si es que para entonces aún tiene energías, fuerza para andar...



Claro es que nadie creyó en los motivos en que el ministro basaba su determinación ni en las aclaraciones que hizo después á los periodistas que le interrogaron sobre el particular... La gente sospechaba allí algo más, algo oculto é inconfesable que se debió producir "entre bastidores" y que deseaba conocer... Se habló de enemistades é intransigencias políticas, de imposiciones caciquíles no admitidas, de actitud correcta, aunque un poco fría (tomada luego como agravio), del Sr. Unamuno respecto de alguna elevada personalidad; en fin, hubo comentarios para todos los gustos; pero siempre resplandecía en ellos un noble sentimiento de cariño hacia el rector destituido y vehemente protesta y rebeldía hacia lo sucedido...

Una carta de D. Miguel de Unamuno al ministro, que se hizo pública y que iba llena de ironías punzantes, crueles para los que así se comportaban con él, vino á apasionar é intrigar más los ánimos. En el Ateneo, sobre todo, donde tanto se quiere, admira y respeta al genial autor de "Amor y Pedagogía", pensóse en realizar "un acto", una manifestación que de modo claro, firme, rotundo, demostrase el disgusto, el hondo pesar y descontento que allí había suscitado la destitución del sabio catedrático... Y hablábase con calor, con energía contra lo ocurrido. Los jóvenes, que á la impulsión de su edad unen una fervorosa devoción hacia el Sr. Unamuno, hasta querían provocar disturbios y motines callejeros que obligaran al Gobierno á rectificar, y algunos estudiantes recordaban con cierto deseo de repetir la memorable y cruenta noche de Santa Isabel...

Más, por fortuna ó por desgracia, estos tiempos no son ya como aquéllos, y todo quedó en proyectos, en planes más ó menos descabellados, que por lo mismo nunca se realizarían...

Y así transcurrieron algunos, bastantes días, al cabo de los cuales anuncióse la conferencia que, previamente invitado para ello, iba á dar en el Ateneo el señor Unamuno, de quien se esperaba oír cosas formidables. Y tal ocurrió, en efecto. El ilustre conferenciante no defraudó la curiosidad y expectación que había provocado. Al mismo tiempo que trazó con mano maestra, lleno de ideal y de doloroso sentimiento de nuestra trágica realidad nacional, la silueta de lo que hoy debe ser un rector en esta pobre tierra española, tuvo arrestos gallardos y arrogantes para afirmar su propia personalidad, para reintegrarse á su fiera independencia... Y tuvo también implacables imprecaciones para todo régimen de favoritismo y tacto de codos, acerbas ironías para el ministro que le destituirá y la más fulminante y dura condenación para el que consideraba como jefe de tan lamentable "tinglado" y que había llegado á convertir á algunas Universidades en centros electorales...

Después dió un mitin en la Casa del Pueblo, se celebró un banquete en su honor, y en el Congreso, en el Parlamento, al que momentos antes había zaherido con dureza, un diputado republicano, con poco acierto y menos deseo de "hacer daño", interpeló al ministro sobre el asunto, que al tomar estado parlamentario dió lugar á que los señores á quienes sin personalizar fustigara Unamuno sintieran espíritu de clase—era el único defecto que les faltaba—y se vengaran de él, tachándolo de grande